

De lo vivo a lo pintado

(Número 6.)

Por el Capitán Auditor JOSE MARIA GARCIA ESCUDERO

U
n
a
p
i
n
t
u
r
a



y
u
n
a
b
a
n
i
c
a

*Los globos cautivos franceses en la toma de Hong-Hoa, en Tonkin.
(agosto 1884).*

(De la *Histoire de l'Aéronautique*, de Dollfus y Bouché.)

La pintura, ahí la tenéis; el abanico, frente a esta página, cerrando gentilmente el presente número de esta mi sección—que es, amigos lectores, también la vuestra—. Ya os veo contemplando, un tanto perplejos, ora el uno, ora la

otra, y preguntándoos por la misteriosa relación que entre ambos pueda existir para que yo los haya lanzado, aparejados, a esta vida de un mes que es la que puede lograrse en una revista. Me explicaré. Relación, realmente... ¿qué que-

réis?, no hay ninguna. Y sin embargo... Sin embargo, mirad: ¿No reparáis en que tanto la pintura como el abanico reproducen hechos reales, *sucedidos, vivos*, por consiguiente, dentro de la terminología de esta sección? ¿Y no observáis, por otra parte, cómo los tales hechos *vivos* parecen írsenos, arrastrados por un progresivo desasimiento de lo real, apenas reproducidos en la página exótica del pintor o en el liviano escenario del abanico? Hay así como un cierto maridaje de lo vivo y de lo pintado, de lo cierto y lo soñado, que me ha llevado a enlazar, aquí, lo que en los seis meses que lleva de vida esta sección ha transcurrido por dos cauces, paralelos si se quiere, pero distintos: el de lo vivo; el de lo pintado.

Pero comprobad, comprobad lo que os digo. Iros primero, si gustáis, al abanico. ¡Qué cosa un abanico! Parece ya tan de otro tiempo, que apenas si lo concebimos en el presente; y, realmente, de otro tiempo es. De aquel en que fué rey y señor. Tiempo amable del XVIII, en que una sociedad que había perdido ya, por su mal, la unidad de las almas, se esforzaba por no disgregarse, mediante un sabio juego de convencionalismos y de buenas formas. Los Estados se odiaban quizá, pero aún vivían ligados por un *equilibrio* que las buenas maneras de los diplomáticos sostenían. Las gentes nada tenían ya de común entre sí, pero aún les quedaba el imperio de la etiqueta. Epoca rococó, en que el arte de ser sociable, de relacionarse sin estridencias ni choques—también sin descubrir demasiado del alma propia—, alcanza prodigios de delicadeza y de finura. Reinado de la forma y de la bagatela... Ahí lo tenéis. En el frágil, delicado abanico de seda, están representados, de izquierda a derecha, el globo de Charles y Robert en el Campo de Marte, el 27 de agosto de 1783; el proyecto de un cierto D. ..., que así ha quedado en el olvido; la mongolfiera de Versa-

lles, el 19 de septiembre del 83; el *Pegaso*, lanzado en 1785, y la escena de Gonesse; hechos todos a los que en algún número de esta sección me referí, y que ya os son, por consiguiente, conocidos; hechos tras los que, ciertamente, hay una suma de abnegación, y valor, y peligros serenamente afrontados, poco a propósito, a decir verdad, para que sólo sirva de frívolo recreo al mirar distraído de una empolvada cabecita. Y es que *aquello* había de ser, andando el tiempo, algo de lo mucho que pusiera de manifiesto el vacío interior de aquella gente, sociedad de cortesanas reverencias y almas en greña. Y por eso, por eso, lucha por escapar de esa jaula dorada en que se le ha encerrado, entre amables guirnaldas de flores, y seda, y un leve aire de frivolidad.

Pero es que algo semejante sucede con la pintura; pintura anamita que representa la toma de Hong-Hoa, en el Tonkín, por los franceses. ¡Qué lejana parece, en el arte del exótico artista, la guerra real! Todo, también, se nos presenta aquí como puro convencionalismo, juego en que las rígidas figuras saben exactamente que nada han de padecer. Y sin embargo, por debajo de la filigrana hay sangre y, de parte nuestra, dolor. Eso fué en agosto de 1864. En el Tonkín. ¡En el Tonkín, señor! Durante los años de 1858 a 1862, tropas españolas conquistaron la Indochina... para Francia; fué una de las ocasiones perdidas en que pudimos echar las bases de un nuevo Imperio colonial, y lo perdimos. Entonces Francia nos prometió, en compensación, facilitarnos la llegada por mar a un Tonkín que reclamaba nuestra intervención; que pudo ser nuestro. No lo cumplió. Y fué ella la que luego llegó al Tonkín. Se hace difícil dejar de pensar en ello. En lo que es vida, y dolorosa vida, por debajo de lo que de otro modo pudiera parecer nada más que añorada, convencional pintura.

El grabado del pie representa "varias escenas aerostáticas del siglo XVIII", y ha sido tomado de la "Histoire de l'Aéronautique", de Dollfus y Bouché.

